Aquellos seductores...

4.—Todos estos tenores usaban barba. (¿Por qué, Dios mío?). Pasemos a los de bigote. Arrogante, calabrés y dominador se nos ofrece Fraschini. En «Cavalleria rusticana», dos hombres se disputan el amor de una mujer a navajazos. El marido busca al seductor y le elimina de este bajo mundo por el procedimiento del duelo. El seductor es Fraschini. El marido no se retrató

3.—Otro tenor famoso, que sostenía en vilo la respiración de los mil espectadores de la sala del Real cuando filaba una nota: Stagno. Los melómanos se volvían locos, y las melómanas oían sales inglesas después de oírle «Otelo». Y él, ya lo veis, se iba a retratar de bandido generoso que saluda cortésmente a la Guardia Civil

5.—Por fin, nuestro compatriota Constantino. Esta fotografía de capa, sortija, sombrero francés, patillas y bigote está hecha en San Petersburgo, donde la capa era de uso general, como sabéis. Nuestras abuelas, ¿tenían razón?, ¿no lo tenían? El retrato de Constantino, comparado con el de uno de nuestros comediantes actuales, puede ser la manzana de la discordia

1.—No lo neguéis: todas habéis soñado con un tenor. Teníais dieciséis años, acababais de salir de las Ursulinas, y las veladas de la ópera, comentadas en casa, excitaban vuestra imaginación. Sobre todo aquellas frases: «¡Cómo ha cantado anoche Morini!» Pues bien; ahí tenéis a Morini, en «María de Rohán». Y ahora, a dormir tranquilamente

2.—Los tenores dicen «que la dan ser é móbile qual piuma all'vento». Comparados con ellos, las damas, en efecto, son ingrávidas, aéreas. Y, más aún, etéreas. Este señor, con aspecto de notario de Cuenca, es nada menos que el célebre Tomberlick considerado como una de las gargantas de ruiseñor más espirituales del mundo. Mil veces habrá aludido a la ligereza de la mujer. «¡Clarol», comentaréis vosotras

¿Cuál es el tipo humano que ejerce sobre nosotros la fascinación que llamamos amor? ¿Cambia? ¿Es siempre el mismo? Los hombres y las mujeres se dejan arrastrar por otras mujeres u hombre hasta incidir en el matrimonio, si los ojos se satisfacen al mismo tiempo que el espíritu... y la conveniencia. Pero entre la pareja se interpone un elemento que, a veces, acerca, y a veces separa, porque añade o resta belleza al individuo. Ese elemento fatal es la moda. Cuando vemos cómo eran—o mejor dicho, cómo iban—nuestros antepasados, no nos explicamos las pasiones, o el gusto del atavío nos da la explicación. Hubo unos años felices en que las artistas de los teatros constituían el centro de todas las conversaciones masculino-femeninas. Cantantes célebres y aclamados, tanto damas como caballeros, sostenían en alto la antorcha de la más aguda y poética poesía amorosa. La leyenda les envolvía

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Y, revista para la mujer nacional-sindicalista, N.º 63, 9/1943.